

El verdadero Keynes

*E*l pensamiento de Keynes —como todos los paradigmas conceptuales de influencia— da lugar a múltiples controversias y a enfoques hermenéuticos de diversa inspiración. ¿Teoría general de la economía o apenas teoría para las coyunturas de recesión? ¿Modelo ya superado definitivamente o sistema que parece reverdecer en algunos países, Estados Unidos incluido? El presente artículo, tomado del *Economist*, de Londres, da luces al respecto¹.

* * *

¿Era Keynes un keynesiano?

EN EL MODERNO DEBATE ECONOMICO el término *keynesiano* tiene dos connotaciones, que generalmente se confunden. La primera es que una política fiscal activa (más gasto público, menores o más bajos impuestos) es un buen remedio para la recesión. La otra es que tanto la iniciativa individual como la libre empresa tienen sus límites. En este sentido, un poco más vago, el término *keynesiano* ha llegado a significar algo así como "lo que no es conservador". En los años ochenta muchos gobiernos del mundo industrializado, pero especialmente los de Gran Bretaña y Estados Unidos, se burlaron de dichas nociones. Ahora Bill Clinton, por convicción, y John Major, sin ella, están abrazándolas de nuevo.

¿Qué sentiría Maynard Keynes ante la demostrada durabilidad de la economía *keynesiana*? Estaría encantado, desde luego, pero no sorprendido (no era una persona modesta), al ver que casi medio siglo después de su muerte, todavía resuena su nombre, lo mismo en estudios de televisión que en escuelas de economía. Pero también sonreiría burlonamente al ver la forma como se esgrimen sus argumentos, de uno y otro lado. Sus opiniones, a menudo complicadas y contradictorias, han sido reducidas a simplicidades, que son frecuentemente meros prejuicios izquierdistas. Keynes no era de izquierda y menospreciaba (en los demás) el prejuicio infundado. Si pudiera verlos ahora seguramente vacilaría entre aplaudir a sus prosélitos o reírse de ellos.

Incluso si sus opiniones hubieran sido consistentes, sería difícil situar a Keynes en el actual espectro político. Cualquiera de sus obras es una mezcla tan extraña y original de ideas que no caben fácilmente en categorías conocidas. Lo que empeora las cosas, sin embargo, es que constantemente estaba cambiando de opinión. Nadie que lo haya leído detenidamente puede abstenerse de citarlo, pues es un maravilloso escritor, pero debido precisamente a sus opiniones cambiantes, no es ni siquiera necesario resistir la tentación

de hacerlo. Cualquiera que sea la opinión que uno tenga sobre cualquier tópico de economía política, siempre habrá en alguna parte de la obra keynesiana una frase que la formulará mejor de lo que uno pueda hacerlo (y, de seguro otra, en otra parte, que la refutará).

Ambidextro

¿ES USTED PARTIDARIO DEL LIBRE COMERCIO? Keynes lo era. “Argumentar que las barreras comerciales”, decía “reducen el desempleo, envuelve una falacia proteccionista en la forma más cruda y grosera”. Y en otra parte escribió, con su habitual tono sentencioso: “Yo creo en el libre comercio porque, a largo plazo (sic) y en general, es la única política técnicamente aceptable e intelectualmente correcta”.

O, ¿es usted, por el contrario, partidario de la protección aduanera, como lo era Keynes?. “Yo simpatizo con aquellos que reducirían al mínimo el enredo económico entre las naciones, más que con quienes lo agrandarían al máximo. Lo que, por su naturaleza, debe ser internacional, son las ideas, el arte, la hospitalidad, los viajes, etcétera. Pero las mercancías deben ser hechas en casa, tanto como sea posiblemente razonable y conveniente. Y sobre todo las finanzas deben ser primordialmente nacionales”.

¿Es usted defensor del ciudadano raso, del hombre común? Keynes lo era. Sobre la huelga general de 1926 escribió: “Los huelguistas no son unos rojos revolucionarios; no están intentado tumbar al Parlamento, ni dando el primer paso hacia alguna calculada maniobra. Están atrapados en un enredo que ellos mismos no armaron, en el que su conducta, fútil y gravemente perjudicial tanto para ellos mismos como para sus vecinos es, sin embargo, la única forma que les queda, según ellos, de expresar sus sentimientos y simpatías y mantener su camaradería y su fe. Sentimentalmente, aunque no racionalmente, yo estoy con ellos, con los trabajadores”.

Tal vez, empero, esté usted del otro lado en las luchas de clases. Como lo estaba Keynes. Acerca de Rusia escribió: “¿Cómo puedo yo adoptar un credo que prefiere el barro a la paz y exalta al aburridor proletariado por encima de la burguesía y de la inteligencia, que, dígame lo que se diga, y por muchas que sean sus faltas, representan la calidad de la vida y contienen sin duda las semillas de todo avance humano?”.

Pero ¡cuidado! Keynes era un igualitario. “Quisiera moldear una sociedad de la cual se hubieran removido la mayor parte de las actuales desigualdades, lo mismo que sus causas”. Pero no era un igualador: “No quiero nivelar individuos. Quiero estimular todo esfuerzo, habilidad, carácter o valor excepcional. No quiero antagonizar con el que tiene éxito, con el ser excepcional. Creo que, en conjunto, la clase media, e incluso la alta, son muy superiores a la clase trabajadora”.

Robert Skidelsky, en el segundo volumen, recientemente publicado, de su excelente biografía de Keynes^{1A}, pondera esas contradicciones y pre-

gunta dónde residen realmente las simpatías políticas de Keynes. Este fue ciertamente un elitista, dice, pero quería un elitismo inteligente, de gente tan hábil como él. Allí fue donde los *tories* lo decepcionaron, llevándolo a pensar que no solamente toleraban la estupidez sino que la consideraban una virtud. En consecuencia, Keynes se dirigió, en muchos de sus escritos políticos y económicos, al Partido Laborista —expresando sus opiniones en un lenguaje apropiadamente amistoso. Y esto puede explicar algunas de sus inconsistencias.

No obstante, dudaba que “los elementos intelectuales del Partido Laborista pudieran alguna vez ejercer el necesario control; al parecer, la mayoría de las decisiones serán tomadas siempre por aquellos que no saben absolutamente de lo que están hablando”. Y, a medida que envejecía, se volvía más tolerante con esos privilegios heredados, que alguna vez le habían parecido tan nocivos para la mentalidad conservadora. De esta manera, observaba Sidelsky, Keynes, “que empezó como un liberal, terminó como un *whig*”.

Reductio ad nostrum

EN ASUNTOS DE TEORÍA ECONOMICA Keynes no era mucho más claro. Su obra más famosa, la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, publicada en 1936, es un libro difícil y confuso. Keynes distorsionaba deliberadamente las opiniones de sus contrarios, haciendo un burdo montón con sus ideas y llamándolos, burlonamente, “clásicos” (es decir, obsoletos). Esto enojó a muchos de sus pares, entre los que había muy pocos de esos escolásticos bobalicones de la mitología popular. Las recriminaciones resultantes hicieron casi imposible adelantar un debate con cabeza fría y, como Keynes exponía sus ideas contrastándolas, en parte, con una caricatura del pensamiento “ortodoxo” (es decir, con una teoría en la que realmente nadie creía), era todavía más difícil comprender con certeza cuáles eran las nuevas ideas.

Podría decirse, en consecuencia, que Keynes recibió su merecido. Sus propias teorías fueron casi inmediatamente reducidas a unas cuantas caricaturas, que competían entre sí. Y no fueron sus críticos, sino sus discípulos declarados, los que lo hicieron.

El diagrama que aparece adelante no figura en ninguna parte de la *Teoría general*, pero es el compendio gráfico más conocido del pensamiento de Keynes. Cualquiera que haya tenido en sus manos un texto de economía, a partir de 1950, puede reconocerlo. Que semejante caricatura tome la forma de un diagrama no es nada accidental. La necesidad de extraer de la *Teoría general* algo que pudiera enseñarse a los estudiantes —entre los cuales muy pocos eran capaces de leer y menos de entender el gran libro— era primordial, especialmente para los profesores estadounidenses. Entonces, desde finales de los años cuarenta, algunos economistas, como Paul Samuelson, comenzaron a difundir el evangelio keynesiano en esa for-

1/ *Economist*, diciembre 26 de 1992.

1A/ *John Maynard Keynes, el Economista como salvador, 1920-1937*. Macmillan.

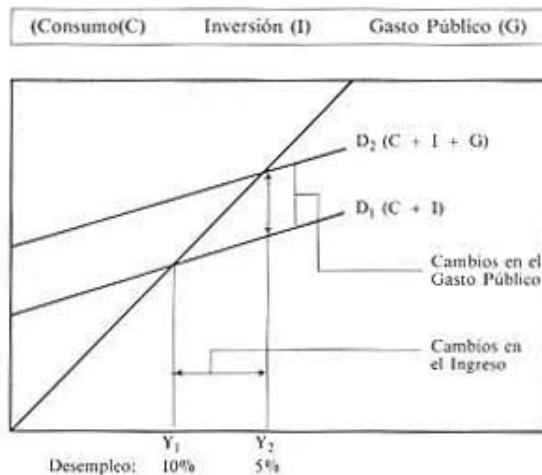
ma, es decir, según el diagrama que muestra la relación entre el consumo, la inversión y el gasto público.

La cuestión macroeconómica más importante es saber cuán alto es el desempleo y cuánto tiempo puede perdurar en una economía determinada. No importa lo demás que creyera Keynes; en lo que sí creía, sin duda alguna, era en que el desempleo elevado puede durar indefinidamente si no se hace algo al respecto. Y el diagrama puede, en efecto, mostrar tal "equilibrio".

El gráfico sitúa el ingreso agregado (o sea la producción) sobre el eje horizontal; y los componentes del gasto agregado (consumo, inversión, gastos públicos menos impuestos) en el eje vertical. Para que la economía esté en equilibrio, el diagrama supone que el ingreso debe ser igual al gasto —lo cual es cierto en todos los puntos de la línea que asciende, con una inclinación de 45 grados, desde el ángulo inferior izquierdo, u origen.

UN VIEJO AMIGO

Ingreso y gasto según Keynes



En este "modelo" de la economía no hay razón para suponer que un ingreso de Y_1 sea lo bastante alto para sostener el empleo pleno. Supongamos que la tasa de desempleo en el Punto Y_1 es de 10%. ¿Qué se puede hacer al respecto? La respuesta es simple: aumentar el gasto con medidas de política fiscal. Unos impuestos más bajos y/o un mayor gasto público, empujarán la línea D_1 hasta D_2 . El nuevo punto de equilibrio estará entonces en Y_2 , donde la tasa de desempleo es del 5%. Nótese también que, debi-

do a estos declives, un determinado cambio en el nivel del gasto público (la distancia vertical entre D_1 y D_2), provoca un cambio mayor en el ingreso (la distancia horizontal entre Y_1 y Y_2). Aquí tenemos ya funcionando al famoso "multiplicador" keynesiano: mientras más grande sea la propensión al consumo (o sea, mientras más empinadas sean D_1 y D_2) más grande será el multiplicador y más poderoso el efecto de la política fiscal.

Preparándose para gobernar

GENERACIONES DE UNIVERSITARIOS y más de un ministro de Hacienda creyeron que todo lo que había que saber de macroeconomía era: la función del consumo, el gasto público y el multiplicador. Una revolución keynesiana, en efecto. El problema del desempleo solucionado —y en forma tal fácil—. No se necesitaba saber nada sobre precios (presumiblemente fijos), ni sobre inflación. Nada sobre el mercado laboral. Nada sobre tasas de interés, crédito o disponibilidad monetaria. Nada sobre el efecto de los cambios en la política fiscal, sobre el endeudamiento público, sobre la propiedad privada o sobre cualquier otra cosa. Nada sobre tasas de cambio, inversionistas extranjeros o comercio exterior. ¡Definitivamente este Keynes era un genio!

El inconveniente estaba en que el tal diagrama ingresos-gastos no examinaba ni aclaraba lo que sostenía Keynes: que el desempleo alto puede ser un fenómeno de equilibrio. El diagrama lo muestra, simplemente ignorando desdeñosamente la disputa entre Keynes y los "clásicos" —o sea, el grueso de la *Teoría general*.

Y peor aún, ese diagrama implantó firmemente un nuevo prejuicio en las mentes de innumerables estudiantes de economía a lo largo de todos estos años. Si la economía ha de servirle a alguien para entender el mundo, su primera obligación debe ser la de dar una idea de la extraordinaria habilidad del sistema de precios (o sea de la economía de mercado) para regularse a sí mismo, de muchas maneras. Lo más importante en economía es, indudablemente, el milagro de la mano invisible, sin que importe cuáles sean sus fallas, y a pesar de que haya que ayudarla, de todos modos, con la intervención gubernamental. La teoría seudokeynesiana impregnó a muchos estudiantes de un menosprecio idiota por los mercados. ¿El desempleo no se corrige a sí mismo? —observaron. ¡Entonces volvámonos socialistas!

Los economistas de quienes se burlaba Keynes en la *Teoría General* tenían también sus propias ideas sobre los procesos del mercado, necesariamente relacionadas con el desempleo. Por ejemplo, que el desempleo reduce los salarios y, en consecuencia, estimula la demanda de mano de obra. O que un exceso en el ahorro (es decir, un bajo consumo) hace que bajen las tasas de interés y, en consecuencia, estimula la inversión. Gran parte de la misión de Keynes fue la de explicar por qué esos mecanismos "clásicos" dejaban, o podían dejar, de funcionar a veces, y por qué el desplome de los años treinta podía, por lo tanto, no presentarse o desaparecer, a menos que el propio gobierno tomara medidas directas para reducir el desempleo y estimular la demanda.

Al ser considerada de esta manera, sin embargo la *Teoría general* deja de parecer tan general y comienza a parecer más bien una teoría muy especial —una teoría de las depresiones—. Según esto, Keynes habría dicho: los mecanismos del mercado que, por lo general, se imponen en forma tan sencilla, pueden fallar en ciertas circunstancias, o no funcionar con la necesaria rapidez. Un modelo verdaderamente general situaría tales ideas dentro de un marco de referencia que permitiese a las fuerzas del mercado jugar su parte, con alguna teoría que explicase cuándo y por qué los factores keynesianos podían imponerse.

En 1937, poco después de aparecer la *Teoría general*, John Hicks se adelantó a producir este marco de referencia, en un artículo titulado *El señor Keynes y los clásicos*. Su enfoque fue rápidamente conocido como el *Análisis IS-LM*. El nuevo modelo tenía esencialmente un carácter “neoclásico”. En otras palabras, exigía equilibrio en los diferentes mercados —de mercancías, dinero y, tácitamente, en la deuda pública, unidos entre sí por precios móviles.

Era un modelo mejor que el del ingreso-gastos, porque permitía confrontar algunas de las principales ideas de Keynes con las alternativas “clásicas” de las mismas. Decía que ninguno de los dos puntos de vista era, o podía considerársele en buena lógica, superior al otro. Cada uno podía ser el verdadero, de acuerdo con las circunstancias. En consecuencia, llamaba la atención hacia áreas vitales de desacuerdo. Por ejemplo, ¿qué tan sensible es la inversión a las tasas de interés? Si es sensible, el modelo de Hicks dice que la política fiscal es más poderosa que la política monetaria —un resultado “keynesiano”.

La Teoría IS-LM necesitó un largo tiempo para arraigar, pero eventualmente lo hizo, y desde los años sesenta constituye la forma más común de enseñar macroeconomía intermedia. Durante los años sesenta y setenta fue la plataforma desde la cual los economistas de la corriente predominante emitieron sus nuevas opiniones y el punto de partida de la mayor parte de la investigación macroeconómica. Sigue siendo la base de casi todos los grandes modelos computarizados de las economías actuales.

El Análisis IS-LM influye todavía en la manera como la mayoría de los economistas profesionales piensan macroeconómicamente. Pero el modelo tiene defectos. Utiliza un método de teorizar llamado estática comparativa, que se basa en comparar un equilibrio con otro y examinar las diferencias. En contraste, gran parte de la economía moderna se interesa más en los procesos dinámicos, tales como la evolución de las economías a lo largo del tiempo.

Para los más celosos seguidores de Keynes, el Análisis IS-LM simplemente ignora lo principal, no da en el clavo. Hicks habría reducido el argumento entre Keynes y los demás a una disputa sobre cómo calibrar un solo modelo, lo que no es propiamente la esencia de la que están hechas las revoluciones. En consecuencia, estos economistas ven en el Análisis IS-LM una caricatura mucho más equivocada de Keynes que la del diagrama ingreso-gastos.

Desafortunadamente, sin embargo, la mayor debilidad del IS-LM ha sido la de ser más difícil de aprender que el modelo ingreso-gastos. Aquellos que sólo tienen un conocimiento superficial de los principios económicos —que son el grupo de donde proviene la mayoría de los políticos—, no están familiarizados con él. Conservan su fe en el multiplicador, siguen reaccionando del sistema de precios, y pare de contar. Esto ha causado enormes perjuicios.

A la larga... seguimos confundidos

¿QUE PENSO EL PROPIO KEYNES de estas interpretaciones rivales? Sorprendentemente, es difícil decirlo. Aunque vivió diez años más después de la publicación de la *Teoría general*, no logró transar las disputas entre sus encontrados reinventores. Hoy en día todos sus seguidores parecen estar de acuerdo, por lo menos, en que Keynes creía en la política fiscal como un instrumento rutinario del manejo económico. Pero hasta esto parece dudoso.

Keynes era ciertamente partidario del remedio fiscal para las depresiones, pero eso no significa proponer sucesivos ajustes fiscales a lo largo de un ciclo económico normal. Un tema recurrente en su obra es el de su preferencia (haciéndole, léase bien, eco a Hayek, cuya obra elogiaba) por las normas y reglas sobre el arbitrio discrecional en política económica. Algo que no tiene mucho que ver con el enfoque *kick-start* de manejo económico que tanto les gusta a los keynesianos modernos. En memorandos escritos durante la guerra, Keynes protestaba contra los intentos de introducir políticas presupuestales “keynesianas”. Y, a juzgar por los estándares actuales, parece haber sido siempre sumamente conservador en materia de inflación, criticando sus fallas tan apasionadamente como cualquier monetarista. La idea, ahora popular en Gran Bretaña, de que un poco de inflación es la mejor receta para una economía en recesión, no encuentra ningún asidero en su obra.

La reacción de Keynes ante el elemental artículo de Hicks fue particularmente desconcertante. En una larga carta, Keynes dispensó algunos elogios moderados y expresó uno que otro subterfugio equívoco, pero no hizo una crítica sustancial. Parecía no comprender del todo cuán importante iba a resultar la interpretación hicksiana de su propio trabajo. Al revisar esta correspondencia Skidelsky se pregunta: “¿Estaba Keynes tan cansado que no se dio cuenta de la importancia del enfoque de Hicks? ¿Se sintió demasiado alejado, personalmente, de Hicks, para encontrar las palabras apropiadas? Cualquiera que sea la respuesta, dejó la generalización hicksiana de su *Teoría general* pendiente de su aprobación.

Esa interpretación, recuérdese, es la que des-revoluciona a Keynes, pues clasifica su teoría meramente como un caso especial de un sistema que también acepta ideas “clásicas”. Es la interpretación que los keynesianos celosos califican de injurioso parodia del pensamiento de su maestro. Pero si el propio Keynes la hubiera considerado una parodia, ¿no se le habría ocurrido decir algo?

No habla muy bien de Keynes, ni de la economía, que 56 años después de la publicación de la *Teoría general* no haya todavía un consenso sobre "lo que realmente quiso decir". Si la economía pretende ser alguna clase de ciencia debe poder arreglárselas sin dobles sentidos, equívocos o enigmas. Lo científico y apropiado son las hipótesis verificables. Se podría avanzar y profundizar en esta crítica argumentando que Keynes, a pesar de sus extraordinarias habilidades de escritor y burócrata, hizo una contribución a la ciencia económica menor de lo que generalmente se le atribuye. Se podría, incluso, argüir, que la misma oscuridad de Keynes fue la razón principal para que su nombre se convirtiera en un *ismo*. El se ganó la atención del público como ensayista y comentarista; afirmó estar ofreciendo una teoría que, en los años treinta era, evidentemente, necesaria, pero lo que hizo fue dejar, eventualmente, una vasija para que otros la llenaran como quisieran con sus respectivas ideas.

Eso sería ir demasiado lejos. Desde el punto de vista de la pura originalidad, Keynes fue realmente uno de los economistas más grandes de este siglo, quizá, incluso, el más grande. Su gran hazaña no fue, como él mismo lo pretendía, el haber refutado las teorías de los precios y otras fatuidades clásicas y haberlas sustituido con una visión igualmente coherente de cómo funcionan las economías. La *Teoría general* de Keynes no fue, en realidad, una teoría general. Y mucha de la investigación macroeconómica moderna, que busca explicar el persistente desempleo y otros fenómenos *keynesianos*, está nuevamente utilizando la teoría de los precios en una forma que les resultaría familiar a los "clásicos".

La hazaña de Keynes fue, más bien, inspirar un cambio en el carácter de la economía como ciencia. A fuerza de intelecto y personalidad, alteró las prioridades y, por ende, los métodos. Las cuestiones que buscó resolver giraban alrededor de la economía en grande: el consumo agregado, el empleo agregado, la inversión agregada, etcétera. Este modo de pensar, aunque difícilmente nuevo, no les caía bien a quienes habían sido educados en la teoría tradicional de los precios, cuya tarea es entender, digamos, el por qué de la demanda superior de un producto sobre otro, y no la demanda conjunta de todas las mercancías en una economía dada.

Pretendiendo que sus inconsistentes y siempre cambiantes ideas eran importantes y ridiculizando el espantapájaros de la ortodoxia clásica con tan devastador efecto, Keynes movió la economía al punto central del escenario. Allí permaneció durante décadas. Fue algo que trajo tantos beneficios como desventajas, pero, indudablemente, una hazaña notable.